

PALABRAS DEL GANADOR A LA SEXTA EDICIÓN DEL *PREMIO LIBERTADOR AL
PENSAMIENTO CRÍTICO* LUIS ALEGRE ZAHONERO

Queremos comenzar agradeciendo (hablo evidentemente en nombre de los dos) a todos los presentes su participación en este acto, en particular al Sr. Presidente de la República, (con quien nos congratulamos por su rápida y segura recuperación), al Sr. Ministro, Pedro Calzadilla, a Farruco Sexto y a Carmen Bohórquez, que impulsaron la creación de este Premio (y nos honran desde hace tiempo con su amistad) y, por supuesto, a los miembros del jurado que han decidido por unanimidad concedérselo. No hace falta decir que para nosotros es un honor insólito recibir el premio al pensamiento crítico más importante que se otorga a nivel mundial y encontrarnos de repente vinculados, por esta vía, con el nombre del Libertador. No me atrevo a decir si estamos o hemos estado a la altura de este reconocimiento, pero sí puedo asegurar que, en adelante, haremos todo lo posible para colocarnos al nivel de rigor teórico y compromiso político que nos exige un reconocimiento como este.

Antes de nada, quisiera comenzar dedicando este premio a mis compañeros de lucha, algunos de los cuales están hoy aquí, como Manuel Cerezal, de quien no he parado de aprender todo el tiempo que hemos tenido la ocasión de luchar juntos; a Daniel Iraberri, en quien tenemos depositadas enormes esperanzas teóricas (y, por cierto, también musicales); a Eduardo Fernández, que en poco más de dos años ha pasado de ser como mi hermano menor a ser el líder político del que más me fío en el mundo y la cabeza filosófica (junto a la de Dani y la del propio Carlos) con la que mejor me entiendo; o a Fabio González, excelente sociólogo y politólogo (sin duda uno de los mejores que conozco), con quien conocí esta Revolución bonita a la que nos sumamos juntos, y a quien me une mucho más que una simple relación de amistad y camaradería. Y, por supuesto, también a los compañeros de lucha en España: a los compañeros y compañeras de Izquierda Anticapitalista, del Centro de Estudios Políticos y Sociales, del Grupo Pandora, de La Marabunta, de Viento Sur y a la resistencia en la Universidad Complutense.

Pero, además de a mis compañeros de lucha, querría dedicar este premio sobre todo a mi familia y en especial a mis padres que, con mucho esfuerzo y sacrificio, han logrado darme oportunidades de las que, desgraciadamente, muy pocos privilegiados

pueden disfrutar. De verdad, gracias al trabajo infatigable (infatigable) de mis padres, he disfrutado por ejemplo de una infancia completamente feliz (y ya decía Trostky que eso de una infancia feliz es un lujo, idealizado por la literatura de los privilegiados, pero más que excepcional en el mundo que nos ha tocado en suerte) y también gracias al trabajo infatigable de mis padres he podido acceder, entre otras cosas, al privilegio de una excelente formación, principalmente en la Universidad Complutense, en la que he podido disfrutar, y sigo disfrutando, de grandes maestros como Carlos.

Recuerdo perfectamente la primera conferencia que escuché de Carlos en la que me quedé atrapado por una paradoja desconcertante: cómo es posible, en un sistema supuestamente regido por los principios del derecho y la ciudadanía y por las ideas de libertad e igualdad, cómo es posible (por resumir el problema con una referencia clásica) que unos sean los sembradores y otros los segadores; cómo es posible que unos trabajen y otros se aprovechen de su fatiga. Y cómo es esto posible no en un sistema esclavista o de sometimiento feudal (donde el mecanismo es transparente) sino cómo es posible en una sociedad que se pretende enteramente edificada sobre los principios jurídicos de Libertad, Igualdad y Autonomía. Además, cómo es posible que con esto arranque una lógica de producción y acumulación disparatada en la que un aumento exponencial de la capacidad productiva de la humanidad no va acompañada (ni mucho menos) de un aumento de la calidad de vida de los humanos. En efecto, nos encontramos en un sistema paradójico en el que, por primera vez en la historia, la creación de riqueza a una escala nunca antes conocida sigue un curso independiente de la satisfacción de necesidades. Así, es perfectamente posible que, mientras se multiplica la capacidad de producir alimentos, se multiplique también el hambre. Incluso en el centro mismo de Europa, hoy nos encontramos con que un aumento sin precedentes de la capacidad de producir riqueza va acompañado de un retroceso abismal en las prestaciones sociales, los servicios públicos, los derechos laborales y, en general, el nivel de vida y de seguridad de la población.

Y, bueno, esas preguntas en las que me quedé atrapado en la primera conferencia que escuché a Carlos hace casi 20 años son las que intentamos contestar en el libro que hoy se homenajea, en el que, ante todo, tratamos de demostrar, *a través de Marx*, la *incompatibilidad* radical entre el capitalismo, por un lado, y el derecho, la ciudadanía y la libertad por otro.

Y la verdad es que, en cierto modo, el libro parece haber salido en el momento más adecuado, justo cuando ya nadie puede dudar de que, tras un paréntesis de capitalismo con cierto control político (un periodo bastante breve y muy localizado geográficamente en Europa), hoy nos encontramos con el regreso de un capitalismo desbocado cada vez más parecido al analizado por Marx.

Sin embargo, por otro lado, tenemos en cierto modo la sensación de haber llegado un poco tarde. Porque, mientras nosotros trabajábamos para demostrar minuciosamente la incompatibilidad formal entre capitalismo y ciudadanía, el capitalismo estaba estallando y haciendo saltar por los aires toda su cobertura de legitimidad. Ciertamente, el capitalismo siempre ha necesitado una fuerte cobertura ideológica que tejía con los principios ilustrados de la libertad, el derecho y la ciudadanía.

Pero, a partir de septiembre de 2008, tras la quiebra de Lehman Brothers, es como si de repente hubieran dicho: "sí, vale; era todo mentira. Pero somos más fuertes y podemos quedarnos con todo lo vuestro". De repente es como si ya se pudiera ser tan malo que no importase parecerlo. Mientras nosotros analizábamos minuciosamente la incompatibilidad entre las leyes económicas y los principios jurídicos de la sociedad moderna y nos dedicamos muy laboriosamente a analizar sutiles sistemas de legitimación contruidos sobre las ideas de derecho y democracia, libertad, igualdad y autonomía, los grandes poderes perdían el pudor y empezaban a hacer y contar en público sus intimidades sin ruborizarse gran cosa.

No todos los sistemas de dominación han necesitado siempre dotarse de mecanismos de legitimación. Por ejemplo la mafia, los vándalos o Gengis Kan nunca han pretendido dominar con un argumento distinto a que ellos tenían la fuerza y, por lo tanto, los dominados tenían la obligación de pagar y ellos el poder de quedárselo. Pero el capitalismo, por el contrario, siempre había puesto un cuidado exquisito en dominar a los súbditos con su consentimiento. Sin embargo, en los últimos años, está asilvestrado. Y eso de la "gobernanza" del mundo cada vez se parece más a la Mafia, a Gengis Kan o a una invasión de los vándalos que a un simple orden social injusto. Parece que ya no les importa nada lo que opinemos los súbditos.

La verdad es que el mecanismo de saqueo que están aplicando en Europa sorprende por su sencillez: durante las últimas décadas, todo el sistema financiero ha

sostenido sus ganancias sobre una burbuja especulativa que sabían que no podía durar, pero tampoco les importaba porque también sabían (y no se equivocaban) que, mientras durasen las ganancias, se las podían quedar ellos y, cuando llegasen las pérdidas, ya pagaríamos los demás. Y así ha sido. Cuando el sistema especulativo ha estallado, hemos tenido que tapar el agujero entre todos: por ejemplo, se han “inyectado” 140.000 millones de euros en bancos españoles, 800.000 millones en la banca francesa y alemana y, recientemente, se ha preparado un nuevo billón de euros para ser inyectado. Además, al mismo tiempo, las clases altas se han negado a seguir pagando impuestos. En los últimos años se suprimió el impuesto de patrimonios, el de donaciones, el de sucesiones y se ha reducido notablemente el impuesto de sociedades, es decir, todos los impuestos que paga el capital. Así, en vez de cobrar impuestos a los ricos (como se ha hecho en Europa con notable éxito desde la segunda guerra mundial), ahora los Estados se tienen que limitar a pedirles el dinero prestado; pedírselo al interés que ellos fijen; y, lo que es más asombroso, pedírselo prestado para tapar el agujero que ellos mismos han generado. En estas condiciones, nos hallamos atrapados en una espiral de deuda ininterrumpidamente creciente (es decir, el mismo mecanismo de saqueo al que fue sometida América Latina en los 80 y los 90). A día de hoy, solo España está pagando más de 100 millones de euros *diarios* en obligaciones de la deuda (y esto, claro está, nos fuerza a endeudarnos cada día más para poder hacer frente a esas obligaciones de la deuda).

En realidad, el mecanismo sorprende por su eficacia y por su sencillez: se trata, sin más, del *modus operandi* de una banda de saqueadores que se están quedando con las pensiones los jubilados, las prestaciones de los parados, el sueldo de los funcionarios, y los recursos de la educación y la sanidad. De repente, se ha entrado en una espiral de deuda en la que no puede parar ni un instante este torrente de riqueza que se vierte a diario hacia el sistema financiero. Y para que el caudal no se detenga, si es necesario, hay que venderlo todo: vender empresas públicas, infraestructuras, trenes, aviones, todo. Las Universidades, el agua, la luz, quitarlo de las pensiones, de los servicios básicos, de donde sea, aunque haya que romper todos los contratos firmados con la ciudadanía. Vender lo que haga falta o arrancarlo de las manos de quien sea con tal de alimentar el flujo de tributos que nos imponen a diario las fuerzas de ocupación financieras.

El mecanismo, sin duda, no sería muy distinto si estuviésemos bajo el poder de los vándalos o de la Mafia y nos estuvieran exigiendo tributos. El principio del robo simple y

llano, sin necesidad de muchas coartadas (de hecho, sin más pretensiones de legitimidad que cuando nos asaltan unos delincuentes en la calle), es un principio simple pero eficaz. De hecho es algo con una larga trayectoria de éxito (de éxito para ellos, claro) comprobada en América Latina a través de los Planes de Ajuste del FMI. La novedad consiste solo en que, derrotados parcialmente en América Latina, ahora han decidido saquear Europa.

Y en Europa hoy, como en su día en América latina, son los propios Estados los que ejercen de fuerzas de ocupación en este sistema de saqueo financiero, extorsión y chantaje. Y los efectos, claro está, son dramáticos. Por ejemplo, solo en España la banca está echando de sus casas a casi 300 familias diarias que no pueden pagar la hipoteca. Y aquí, la acción del Estado se limita a ejecutar los desahucios y a exigir a los inquilinos que sigan pagando la deuda a pesar de haber perdido la casa. Aquí no hay inyecciones de dinero, ni amparo, ni ayuda de ningún tipo. Toda la fuerza pública se emplea para expulsar a la gente de sus viviendas y obligarles a seguir pagando la deuda aunque ya hayan entregado la casa; y a proteger por la fuerza las 3 millones de viviendas vacías en manos principalmente de los bancos; y a cobrarnos tributos para inyectarlos en el sistema financiero sin que eso nos dé a los ciudadanos ningún derecho de propiedad sobre lo que estamos comprando; y, por supuesto, la fuerza pública se emplea en asegurar que no protestemos contra esta situación.

Hasta ahora, era una cosa de marxistas y ultraizquierdistas afirmar que las instituciones democráticas estaban secuestradas por el poder de la banca y, aunque pareciesen libres y soberanas, lo único que podían hacer era, en realidad, obedecer dócilmente al mandato de los poderes económicos. Sin embargo, para nuestra sorpresa (nosotros que pensábamos estar diciendo algo verdadero pero necesariamente oculto y disimulado), nos encontramos de repente con que son las propias instituciones democráticas las que se ven obligadas a hacer humillantes puestas en escena de sumisión y pleitesía. A los mercados ya no les basta con la obediencia. Ahora exigen la capitulación total y el reconocimiento explícito y público de la derrota. Ahora los mercados cambian gobiernos sin necesidad de elecciones, como el de Italia y Grecia, y cambian Constituciones sin resistencia (como en España).

Mientras tanto, una parte de la izquierda institucional, aturdida, denuncia que las medidas que están tomando los gobiernos para salir de la crisis son medidas

equivocadas. Pero no. No son equivocadas. Son medidas interesadas. Son medidas acertadas en la guerra de clases desde arriba que se ha desencadenado en estos años: echar a la gente de sus casas y obligarles a seguir pagando la deuda, licuar todos los bienes comunes y servicios públicos para “inyectárselo” a los mercados; quitar dinero que corresponde a los pensionistas, los funcionarios o los desempleados o dejar de dar los servicios por los que pagamos todos los años para desviar esos recursos a la banca, todo esto no son “errores”. Es simplemente el resultado de una guerra en la que nos están derrotando.

De hecho, hasta hace poco, no había siquiera resistencia alguna. Se trataba de una guerra en la que había solo un bando que luchaba. Pero eso se acabó. Pensaron que les podía salir gratis romper el pacto social, pero se equivocaron. Una vez más, la resistencia comenzó en América Latina, con Venezuela a la cabeza. Jamás los pueblos del mundo lo agradeceremos lo suficiente. Basta recordar lo que fueron los años 90, años de plomo y sin esperanzas. Imperaba sin fisuras el consenso de Washington; América Latina era saqueada a diario como hoy lo está siendo Europa; la Unión Soviética había caído y el capitalismo parecía haber triunfado definitivamente. La revolución se esfumaba por completo del horizonte político y parecía haber llegado el fin de la Historia. Pero no. Cualquiera que recuerde, aunque sea vagamente, la década de los 90 no puede evitar decir, aquí, en Venezuela: gracias, compañeros; gracias por abrir brecha.

Porque, a partir de ahí, la resistencia parece haberse extendido por todo el mundo como la pólvora. En América Latina (cabría decir que, en cierto modo, “siguiendo el ejemplo que Caracas dio”) la resistencia se extendió rápido por los que hoy son los países del Alba y, en realidad, mucho más allá, por todo el continente. Basta comparar a Cristina Fernández con Menem, a Ollanta con Fujimori o al PT con Cardoso.

Pero esta vez la resistencia ha traspasado las fronteras de la siempre rebelde América Latina. Y, pasando por el mundo árabe (cuyo ejemplo ha sido para nosotros decisivo), ha llegado a Europa.

En Grecia estamos viendo una lucha sin cuartel por sus derechos históricos y contra la dura represión del gobierno. Algo sin duda llamativo: movilizaciones ciudadanas en defensa del Estado y reprimidas por un gobierno al servicio de los mercados. También hemos visto a Islandia dar la única salida razonable a este robo al que llaman crisis: en

primer lugar, abrir un proceso para meter en la cárcel a los banqueros responsables de la debacle; en segundo lugar, negarse a seguir pagando la deuda que le imponen los saqueadores y, en tercer lugar, organizar una asamblea constituyente para devolver el poder a la política. Y como, en efecto, no era una crisis, sino un robo, resulta que la solución ha funcionado.

También en España se ha salido por fin a la calle a decir que ya basta de extorsión y chantaje. Quizá no haya estallado todavía la *Spanish revolution*, como informaba el Washington Post, pero las cosas no van a volver a ser como antes del 15-M. La victoria del PP en las recientes elecciones ha sido aplastante. Pero el descrédito general del sistema de partidos es algo que, como ocurrió en su momento en América Latina, no tiene vuelta atrás. Por primera vez en mucho tiempo, los poderosos tienen un motivo real para la preocupación. Las redes sociales han cambiado por completo el panorama de la política porque, sencillamente, han enlazado la indignación de todos los que, de uno en uno y por separado, somos insignificantes. *A los plebeyos solo se nos puede ignorar si se nos aísla.* Y se nos había aislado. Pero, gracias a unas redes que parecían destinadas a ser nuevos y más eficaces soportes de publicidad, se ha puesto de manifiesto que basta romper el aislamiento para que sus planes se vean amenazados. Cuando un orden es injusto, lo último que se puede permitir es que sus súbditos se sienten a hablar y a discutir. Y esto está ocurriendo con difícil vuelta atrás. Ha quedado ya claro que no nos han convencido, y que, cuanto más avanza el saqueo, menos razones hay para la obediencia.

Es posible cambiar las cosas. Vosotros los sabéis y estáis en ello. Nosotros lo estamos descubriendo y estamos dispuestos a aprenderlo. Aprenderlo de los jóvenes del mundo árabe, del ejemplo islandés, de la resistencia griega y, por supuesto, de vosotros: Sr. Presidente, compañeras y compañeros, compatriotas de esta tierra que tan generosamente me ha hospedado durante varios periodos de mi vida, gracias por el ejemplo, gracias por el apoyo, gracias por el reconocimiento. Ojalá todos los que luchan en el mundo contra la opresión pudiesen contar con el mismo aliento.

Muchas gracias.